

El contexto histórico de la posguerra y la expansión del Opus Dei en América Latina

María Estela Lépori de Pithod
Universidad Nacional de Cuyo, Argentina

La universalidad del mensaje del Beato Josemaría se ha evidenciado en la rapidez y amplitud de la difusión del Opus Dei. En el reverso de la estampa dedicada a su devoción se lee: «Cuando rindió su alma a Dios, el Opus Dei estaba ya extendido en los cinco continentes, y contaba con más de 60.000 miembros de 80 nacionalidades [...]». De modo tal que pareciera que esta expansión, que continúa hasta la actualidad, no necesita ser explicada, se muestra por sí misma, su evidencia es palmaria. Sin embargo, nos parece importante realizar una aproximación desde el punto de vista del historiador para demostrar que la expansión del Opus Dei en América Latina responde a la universalidad de su mensaje, más allá de las diferentes realidades culturales, sociales o políticas.

Esta ponencia no versa sobre el contenido del mensaje del Beato Josemaría ni sobre el apostolado propio del Opus Dei, aunque, obviamente, esto constituye el núcleo de la expansión. Nuestra perspectiva es la histórica, porque esta expansión se realizó dentro de unas determinadas coordenadas históricas de lugar y de tiempo.

1. EL CONTEXTO HISTÓRICO

a) Europa y las migraciones

Al finalizar la Segunda Guerra Mundial se produce un importante movimiento migratorio desde Europa. Ya a fines del siglo XIX y en el período de

entreguerras miles de europeos se dirigieron a América. A fines de los años 40 y en la década de 1950, las dificultades económicas y políticas, las persecuciones religiosas e ideológicas produjeron un gran flujo de europeos hacia América, a la del norte y a la del sur. A los problemas propios de los períodos de posguerra se añadieron los derivados de la división de Europa como consecuencia de los tratados de Yalta y de Potsdam. Además hacia 1950 surge el temor de una nueva guerra. Todo ello contribuirá a una gran dispersión de población europea de diversos países.

Uno de los factores es el económico: ciudades devastadas, campos arrasados, falta de alimentos, bienes y ahorros perdidos. La Europa de la posguerra se ha convertido en una región carenciada. El racionamiento de los alimentos se prolonga durante varios años posteriores a la finalización de la guerra. América era vista desde tiempo atrás como el lugar para rehacer la vida y lograr una posición económica holgada o, al menos, no pasar hambre y alejarse de la pesadilla de un conflicto bélico.

Las emigraciones de los años 50 poseen una característica diferente de aquellas de fines del siglo XIX y comienzos del siglo XX. Son personas o grupos familiares de una posición económica y cultural más elevada que las anteriores y cuya salida de sus países de origen se debe al temor de una nueva guerra o a razones políticas. En la década de 1960, al comenzar el renacer económico en Europa, las migraciones por razones de trabajo tienden a realizarse a países cercanos; es la época en que portugueses y españoles se dirigen a Francia, Suiza o Alemania. Los años de 1970 pueden considerarse como el fin de las corrientes migratorias hacia América Latina, la cual comienza a desangrarse en guerras internas. Pero ésa es otra historia. Volvamos al período de posguerra.

Es la época de los exilios, voluntarios o forzosos, por razones políticas o ideológicas. En líneas generales, se puede decir que entre los refugiados que partieron hacia América Latina, los pertenecientes a grupos de izquierda eligieron preferentemente a Méjico, un país con una constitución marcadamente antirreligiosa. La legislación prohibía el uso de hábito por parte de los sacerdotes o religiosos. El antihispanismo ha sido una de las notas que más sorprendían a quienes visitaban Méjico. Era, además, el país de la Revolución, el que había elegido Trotsky para refugiarse. En Méjico recaló en los años cincuenta el Che Guevara. Allí se exiliaron muchos republicanos españoles luego de la Guerra Civil.

En cambio, Argentina, Paraguay, Bolivia, Chile y, en general América del Sur, aparecen como refugio de los exiliados de “derecha”. Si bien este esquema es excesivamente simplista, pues Argentina recibió a no pocos españoles proscritos por el régimen de Franco, o autoexiliados. También es cierto que allí se refugiaron importantes figuras del nazismo. Mucho se ha hablado y escrito sobre la conexión nazi con la Argentina, aunque no se haya podido probar nada. Sin

embargo, es evidente que numerosos alemanes, por razones políticas o no, emigraron a Argentina, Chile, Paraguay y Bolivia. El caso más emblemático de esa situación desembocó en el secuestro de Adolf Eichman en Argentina para su posterior juzgamiento en Israel.

Insistimos en que estas apreciaciones tienen un carácter general. Pero, ello no merma su validez, no solamente en el ámbito de los hechos históricos, sino en el de la conciencia colectiva. Y, para el objetivo de nuestro trabajo, este último aspecto es muy importante,¹ pues se trata de aquello que se percibe como real, más allá de todos los matices que en esa realidad se puedan introducir.

El tema requeriría de precisiones, pero nuestro objeto es poner de relieve algunas de las hondas diferencias sociales, culturales y políticas de los países donde inicia su labor el Opus Dei, hacia 1950 cuando comienza su expansión en América latina.

América se había convertido en la receptora de las nuevas corrientes migratorias. Pero, si la problemática de Europa, aún dentro de estos rasgos generales, es muy diversa ya sea que se trate de Francia, Italia, España, Alemania o de los países que quedaron bajo la órbita soviética, la situación del continente americano no es menos compleja. En efecto, no basta con distinguir la América del norte de la del sur, ni la anglosajona de la latina.

b) América latina

El propósito de este trabajo no es el de efectuar un análisis erudito y comparativo de la diferente estructura social, ni de la diversidad política de los países de este continente. Es obvio que la América del Norte no es sólo los Estados Unidos, abarca a Méjico y Canadá. La expresión América latina ha sido discutida y muchos historiadores prefieren la de Hispanoamérica o Iberoamérica para incluir a Brasil; detrás de esta discusión se escondía, sobre todo en los años 70, una cuestión ideológica o de interpretación de la historia, que quería negar la tradición y la herencia española, en particular en lo referente al legado de la fe cató-

¹ No es este el lugar para una discusión epistemológica sobre conciencia colectiva o memoria colectiva. Pero quizá convenga aclarar que por conciencia colectiva entendemos ese algo que no es tan consciente ni tan colectivo como podría entenderse. En las sociedades puede haber sectores (o personalidades excepcionales) que sean lúcidos respecto del Nosotros colectivo. Esa autoimagen social es participada más o menos oscuramente y de manera no crítica por otros sectores. Queremos decir que se puede tratar de una intuición no reflexiva, incluso poco consciente. Siempre será algo complejo y multiforme, difícil de captar, expresar e interpretar.

lica. Sea como fuere, la expresión América latina se ha impuesto y no guarda ya connotaciones peyorativas respecto de la herencia hispana².

Denominaciones geográficas tan genéricas como “América Latina”, “África”, “Asia” cubren realidades históricas, sociales y políticas muy diversas. Pero tras esa diversidad existen ciertos rasgos comunes.

En el caso de la América propiamente hispana, el rasgo común más sorprendente es la rapidez de la incorporación de un mismo idioma, el castellano, desde América del Norte hasta la Patagonia. Hecho de gran importancia histórico-cultural, pues resulta evidente que una misma lengua conlleva aspectos esenciales de la cultura de la cual es su expresión. Asimismo, esta América, cuyo Quinto Centenario de la evangelización resaltó Juan Pablo II en 1992, es mayoritariamente católica.

Si bien el proceso de la evolución histórica y cultural de los países que la componen, guarda similitudes, también se observan grandes diferencias. Hemos aludido anteriormente a la Constitución mejicana, con su carga de laicismo anticristiano. Pues bien, en ese mismo Méjico cabe distinguir entre el sector político, institucional e intelectual y los creyentes, aquel que enfrentó las persecuciones³ y que se mantuvo fiel al catolicismo y a su Patrona, la Virgen de Guadalupe y cuya vitalidad se ha hecho patente en los últimos años⁴.

Desde el punto de vista social, particularmente en los años 50, se observa una gran disparidad entre los países de la América latina. Aquellos cuya población proviene fundamentalmente de la inmigración, son más abiertos, no tienen una estructura social cerrada, la movilidad social es mayor. En otros, el acceso de las clases más bajas a estratos sociales superiores es más difícil. En los países que poseen una numerosa población indígena se han producido, en no pocas ocasiones, marcados distingos raciales. En palabras de Luis Sánchez: «Es probable que los países más blancos del continente sean Argentina y Uruguay, no obstante el crecido porcentaje de mestizaje indio que subsiste en sus pobladores del interior. Al respecto se debe considerar que el vocablo “blanco” en América encierra más bien un anhelo *psicológico* y un modo de vivir *económico y social* que un efectivo lazo étnico de sangre. Igual ocurre con indios y cholos. Son *razas sociales* antes que *razas sanguíneas*»⁵. Esta afirmación podría ser matizada, pero contiene una

² En realidad esta denominación “América Latina” es de cuño francés. En el *Dictionnaire de Théologie Catholique*, de A. VACANT et E. MANGENOTE (Paris 1923) en el tomo I, I^{er} Partie, hay un artículo “Amérique Latine”, col. 1081-1107.

³ La bibliografía sobre la persecución religiosa en Méjico y sobre los cristeros es muy abundante.

⁴ G. WEIGEL, *Testigo de esperanza, Biografía de Juan Pablo II*, Barcelona 1999, pp. 384-385.

⁵ L.A. SÁNCHEZ, *Chile*, 1963, tomo II, p. 433. En cursiva en el texto.

gran parte de realidad⁶. Va de suyo que Argentina y Uruguay son países cuyos habitantes descienden mayoritariamente de europeos; en Argentina muchos de sus habitantes son, aún hoy, nietos o hijos de inmigrantes.

2. LA EXPANSIÓN DEL OPUS DEI EN AMÉRICA LATINA

Es conocido el deseo del Fundador de impulsar desde los comienzos la expansión de la Obra⁷. Dado el contexto histórico que hemos señalado y las vinculaciones de España con los países de América latina es lógico que se piense que este continente debía ser el primero. Esto es lógico, pero no hay que perder de vista que las miras del Beato Josemaría no se regían solo por la lógica humana. Primero se hizo pie en los EEUU: en 1946 José María González Barredo llegó a Nueva York. Y en 1948 el Fundador del Opus Dei plantea a don José Luis Múzquiz la posibilidad de ir a Estados Unidos⁸. Ese mismo año don Pedro Casciaro ha visitado durante seis meses diversas ciudades: Nueva York, Chicago, Toronto, Montreal, Ottawa, Québec. «Luego fuimos a México, Perú y Chile. Y de ahí a Buenos Aires y Rosario, en la Argentina»⁹. Además, en enero de 1958, dos miembros del Opus Dei llegan a Nairobi, capital de Kenya para iniciar en tierras africanas la labor, uno de ellos será también don Pedro Casciaro.

En enero de 1949 se inicia la labor en Méjico, en 1950 en Argentina y Chile y de inmediato en otros países: en 1951, Venezuela y Colombia; Perú y Guatemala en 1953; Ecuador en 1954; Uruguay en 1956; Brasil en 1957; El Salvador en 1958; Costa Rica en 1959; Paraguay en 1962. A la rapidez de la expansión en sitios tan diversos y alejados entre sí hay que agregar la incorporación de nuevos miembros de muy diversa condición, cuyo ingreso evidencia la universalidad del mensaje del Beato Josemaría Escrivá de Balaguer. «Los 2.954 miembros — de los

⁶ Una profesora de un país sudamericano nos contaba la siguiente anécdota: su empleada, originaria del mismo país y de rasgos aindiados cuidaba a una señora argentina blanca (sus ancestros eran españoles) y un día regresó muy sorprendida pues esta señora le había dado un beso. La profesora, para que yo comprendiera en toda su hondura el significado del gesto, me explicaba que en su país, las personas de servicio, no solo no tenían ningún contacto físico con los “señores” sino que incluso poseían sus propios utensilios al punto tal que si uno de ellos usaba una cuchara, ésta se tiraba, se había convertido en basura.

⁷ Cfr. A. SASTRE, *Tiempo de caminar*, Madrid 1990³, Segunda Parte, Cap. III. A. DE FUENMAYOR, V. GÓMEZ-IGLESIAS, J.L. ILLANES, *El Itinerario jurídico del Opus Dei. Historia y defensa de un carisma*, Pamplona 1990, cap. 8.

⁸ Cfr. A. SASTRE, *Tiempo...*, cit., p. 388.

⁹ P. CASCIARO, *Soñad y os quedaréis cortos*, Madrid 1994², p. 201.

cuales 23 sacerdotes— en el momento de la aprobación en 1950, han pasado a ser, a principios de la década de 1960, 30.353, de los cuales 370 son sacerdotes»¹⁰.

a) *La expansión y las migraciones*

Por lo expuesto, es claro que la llegada de españoles no era extraña en estas regiones. Si esto es válido para los laicos, no es así para los sacerdotes, pues es obvio que, en Méjico, luego de las persecuciones y suspensión del culto y la vigencia de la prohibición de la vestimenta sacerdotal, no podía ser visto como algo “natural” el arribo de sacerdotes. Para la entrada en Méjico, don Pedro Casciaro debió acudir a una visa de inmigrante otorgada en La Habana. Para establecerse en Guatemala, que tenía en 1953 un gobierno comunista, Antonio Rodríguez Pedrazuela y Jose María Báscones, los dos jóvenes sacerdotes del Opus Dei que iban a iniciar la labor en Centroamérica, tuvieron que ocultar su condición e ingresaron con pasaportes que los acreditaban como «republicanos españoles en el exilio»¹¹.

Los laicos no tenían este tipo de problemas, su presencia podía enmarcarse dentro de la natural corriente migratoria de la época. Sin embargo, el Fundador inculcaba a sus hijos que partían a iniciar la labor apostólica en nuevos países que ése sería en adelante su país. Cuando se leen testimonios de los comienzos de la labor, se observa, a la par que el gran cariño de Padre que el Fundador les tenía, cómo, desde el primer momento, procuraba despertar la conciencia de que no eran meros emigrantes. Hay que tener presente que no pocas veces, en las corrientes migratorias, tal situación se considera, y esto aún hoy, pasajera, provisoria. En algunos casos, los emigrados tienden a constituir grupos más o menos cerrados.

Decía el Beato Josemaría en 1957: «Cuando un hijo mío sale del país donde nació, para ir a trabajar a otro sitio, para darse, para entregarse, no está en las mismas circunstancias psicológicas que un emigrante. El hijo de Dios va a amar esa nación, a fundirse: no va a enquistarse»¹².

Pedro Casciaro evoca la fuerza con que el Padre les indicaba que debían evitar «aun la apariencia de ser como un quiste [...] Esto explica que nunca quisiera que fuéramos a una misma nación un grupo numeroso de extranjeros, y menos de la misma nacionalidad»¹³. Por ello el Fundador les exhortaba a no cen-

¹⁰ A. DE FUENMAYOR, V. GÓMEZ-IGLESIAS, J.L. ILLANES, *El Itinerario...*, cit., p. 301.

¹¹ A. RODRÍGUEZ PEDRAZUELA, *Un mar sin orillas*, Madrid 2000⁴, p. 81.

¹² Cit. en A. RODRÍGUEZ PEDRAZUELA, *Un mar...*, cit., p. 71.

¹³ P. CASCIARO, *Soñad...*, cit., p. 211.

trar la labor en los inmigrantes de su mismo país de origen. Y esto no era tarea fácil a los sacerdotes que llegaron a lugares donde existía un importante número de inmigrantes españoles. «Mantener este criterio nos ocasionó algún que otro sinsabor, pero gracias a su fiel cumplimiento, tanto en México como en el resto de los países, el Opus Dei arraigó plenamente desde los comienzos»¹⁴.

Podía pensarse que la llegada de laicos y sacerdotes provenientes de Europa fuera vista como un hecho que formaba parte del movimiento migratorio propio de esos momentos. Nada extraño podía tener que un profesor universitario español llegase a trabajar a Méjico, a Argentina o a otro país. Así, al día siguiente de llegar a Buenos Aires don Ricardo Fernández Vallespín, Ismael Sánchez Bella y Francisco Ponz, —por supuesto, sin su intervención—, en los principales diarios de ese domingo se anunciaba: «Prominentes profesores españoles en Buenos Aires».

Pero, más difícil de explicar era que vinieran a establecerse mujeres jóvenes solas. En general, en los procesos migratorios o bien llega el grupo familiar o bien uno o dos varones para probar suerte y luego traer al resto o a parte de su familia. La actitud de estos hombres y mujeres que se instalan para iniciar la labor revela a los que se acercan que hay algo que los diferencia.

b) Los comienzos en los años 1950

La primera consideración que podemos hacer es constatar el similar esfuerzo con que tienen que afrontar las dificultades que lleva consigo los inicios de la labor del Opus Dei en los distintos países. Dificultades de todo tipo, también económicas—¹⁵. Ese grupo de personas, sin medios económicos que van a instalarse a una localidad, lo hacen impulsadas por el afán apostólico, acompañadas del cariño y de la bendición del Padre. Con motivo de la partida de los tres miembros que se dirigían a Méjico, el Beato Josemaría comentará a Monseñor

¹⁴ *Ibidem*.

¹⁵ Cf. P. BERGALR, *El Opus Dei*, Madrid 1983, cap. VII, pp. 199-201. Siempre será la búsqueda de una casa y su equipamiento, la necesidad de construir o de adaptar un edificio que pueda albergar las diversas iniciativas: residencias universitarias, centros de capacitación, etc. Y la constante de las necesidades económicas que continúan en la misma medida en que la labor crece y se extiende a otras ciudades. Siempre habrá que ampliar o construir, amueblar y solventar los gastos de mantenimiento y siempre se contará con personas dispuestas a secundar los proyectos. Asimismo se contó invariablemente con la comprensión y el apoyo de las autoridades eclesíásticas.

Morcillo: «esta bendición y una imagen de la Virgen es todo lo que puedo darles para comenzar en México»¹⁶.

Y su cariño siempre estará presente, sigue atentamente los pasos de sus hijos y de sus hijas. Don Ignacio Echeverría, —uno de los primeros en llegar a Argentina en los años 50—, recuerda que «El Padre siempre siguió muy de cerca cada paso que la labor del Opus Dei desarrollaba en tantas partes del mundo, ya que estaba en todos los detalles». Señala que impulsaba las actividades apostólicas respetando la libertad personal a la vez que se interesaba sobre «la vida, las ilusiones, los problemas, la salud o las familias de sangre de sus hijos [...] Existía una relación directa con él que se expresaba a través de cartas colectivas, entrañables notas personales o breves recados»¹⁷.

Este es uno de los rasgos que sobresale de inmediato al leer los recuerdos de aquellos que cruzaron el Atlántico para iniciar la labor en América latina. El cariño de Padre se expresa a través de un trato continuo, a pesar de las dificultades de las comunicaciones en aquella época y de la intensa labor que desarrolla en Europa, porque las múltiples actividades del Fundador en esta década de 1950 también forma parte, y parte esencial, del contexto histórico de la expansión¹⁸.

La unidad, más allá de los kilómetros de separación, se mantiene a través de un constante intercambio de información sobre las actividades apostólicas en los diversos lugares del mundo.

No existe para la expansión un esquema prefijado. Los primeros en llegar a iniciar la labor del Opus Dei, en algunos casos fueron sacerdotes solos: a Chile, don Adolfo Rodríguez Vidal¹⁹; a Colombia, don Teodoro Ruiz (quien falleció en España el 4 de agosto de 2001, mientras el actual Prelado del Opus Dei estaba precisamente en Colombia). A Guatemala fueron los dos sacerdotes ya mencionados. A Argentina y Uruguay, viajan un sacerdote y algunos laicos. A Venezuela llegan el 11 de septiembre de 1951 dos laicos: Bartolomé Roig y Rafel García-Planas; meses después arriba Roberto Salvat, entonces laico y sacerdote posteriormente. A fines de octubre de 1952, llega el primer sacerdote, don Odón Moles. A medida que la labor crece, otros sacerdotes y seglares se desplazarán por diversos países. El Padre, plenamente convencido de la divinidad de la empresa que está llevando a cabo, confía en que tarde o temprano, los frutos de tanto esfuerzo

¹⁶ P. CASCIARO, *Soñad...*, cit., p. 202.

¹⁷ Todas las expresiones de don Ignacio Echeverría están extraídas de una entrevista realizada por Juan Luis Gallardo en Buenos Aires.

¹⁸ Una síntesis de esa actividad en A. VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador del Opus Dei*, Madrid 1983, cap. VII y en P. BERGLAR, cit., pp. 250-270.

¹⁹ Algunos meses después llegará José Enrique Díez Gil y en 1951, José Miguel Domingo Arnaiz.

humano, pero sobre todo de tanto empeño sobrenatural de oración y sacrificio, terminarían llegando.

Las mujeres fueron llegando en cuanto fue posible su establecimiento. El que no exista un plan prefijado no significa que se improvise, se trata de adecuarse a las circunstancias. Por ejemplo, las mujeres siempre viajan en un grupo de dos o más. Pero a Argentina, por problemas de visado se plantea la alternativa de demorar la partida o de que viaje una sola. Así partirá Sabina Alandes, porque meses antes había pedido la admisión la primera numeraria argentina, Julia Capón.

Los primeros que emprenden un viaje, llevan consigo nombres y direcciones de personas. En ocasiones el Opus Dei ya era conocido.

Tampoco sigue un patrón común el tiempo de permanencia en sus nuevos países de aquellos que salieron de España por estos años. Algunos regresaron y otros permanecieron e incluso adoptaron una nueva nacionalidad.

No hacemos la historia del Opus Dei en tierras americanas. No es ése el fin del trabajo y no podría serlo, porque el rigor que la tarea requiere excede los límites de esta ponencia²⁰. Sin embargo, cabe precisar que el arribo de españoles a América latina se debe a una cuestión circunstancial que no atañe al carácter universal de la Obra. En su expansión participaron y participan personas de las más diversas nacionalidades. Con el correr de los años, cuando la Obra ya esté asentada en estos países, partirán de América latina sacerdotes y laicos hacia los otros continentes.

3. SEMEJANZAS Y DIFERENCIAS

a) Los países de población indígena

La labor del Opus Dei en América latina comenzó en Méjico, cuyos inicios han sido descritos con gran sobriedad por don Pedro Casciaro²¹. Era un país en

²⁰ No resulta fácil, a partir de los escritos publicados, seguir con precisión cronológica los primeros pasos como tampoco la expansión de la Obra en tierras americanas. De allí concluimos en la necesidad de realizar, en algún momento, un buen itinerario cronológico para comenzar a escribir la historia del Opus Dei en el “continente de la esperanza”. Sería interesante cotejar la procedencia social de las primeras vocaciones, no para realizar un estudio sociológico del Opus Dei sino un análisis histórico que demuestre, con los métodos que le son propios, la verdad de los afirmado tantas veces por el Fundador, (por ejemplo, en Conversaciones, 26, 40, 42) que en la Obra tenían cabida todos los estratos sociales.

²¹ P. CASCIARO, *Soñad...*, cit., p. 232., pp. 202-211.

el que no solo se había perseguido a los cristianos sino que ese espíritu se había plasmado en la Constitución y las leyes. Era oficialmente anticristiano. Y, sin embargo, allí se inició la Obra en América latina. Las convulsiones políticas y religiosas que habían afectado al país aún eran visibles. Así sucedía con una hacienda que había sido incendiada y de la cual solo quedaban ruinas. Fue donada a la Obra para establecer una Casa de Retiros. Y, precisamente allí, se inició la primera labor estable con campesinos. Esta hazaña tiene un nombre: Montefalco²².

Cuando el Beato Josemaría, durante su estadía en Méjico en 1970, vio lo que allí se había realizado dijo: «Montefalco es una locura de amor a Dios. Suelo decir que la pedagogía del Opus Dei se resume en dos afirmaciones: obrar con sentido común y obrar con sentido sobrenatural. En esta casa, don Pedro y mis hijas e hijos mexicanos no han obrado más que con sentido sobrenatural. Recibir con alegría un montón de ruinas [...], humanamente es absurdo... Pero habéis pensado en las almas»²³. Allí se fueron construyendo edificios para albergar diversas instituciones de capacitación profesional y educativas. Numerosas labores apostólicas similares se expandieron con los años por todo el territorio mejicano y en otros países. Porque, aunque no podemos detenernos en ello, es importante recordar que la expansión en América latina ha ido acompañada por numerosas tareas de promoción social y cultural.

En países donde el porcentaje de población rural se corresponde con el de indígenas, estas labores han implicado una elevación del nivel cultural de estos sectores imposibilitados de acceder a una mejor formación. Por supuesto que esto no se ha dado solamente en el campo educativo o profesional, ha ido unido con el correspondiente esmero en la formación espiritual. Un caso emblemático es el de la creación de la Universidad de Piura, una pequeña ciudad del norte de Perú, próxima a la frontera con Ecuador que contaba con sola una calle asfaltada²⁴.

Llama la atención una particularidad de las regiones de alto porcentaje de indígenas: su sed de atención espiritual y su fidelidad a la fe católica, pese a haber carecido por años de atención sacerdotal. Es verdad que, en algunos casos, las manifestaciones de esta piedad tenían características muy particulares. Esta realidad fue una de las sorpresas que esperaban a los primeros sacerdotes de la Obra.

²² Una descripción de lo que allí se realizó se puede encontrar en A. SASTRE, *Tiempo de caminar...*, cit., pp. 396-398 y en P. CASCIARO, *Soñad...*, cit. pp. 229-233.

²³ En P. CASCIARO, *Soñad...*, cit., p. 232.

²⁴ Aunque esta ponencia no trata de las labores corporativas corresponde resaltar la labor llevada a cabo por la Universidad de Piura.

Así tuvieron ocasión de comprobarlo don Pedro Casciaro y don Antonio Rodríguez Pedrazuela. Este último uno inició la labor en Guatemala, país que también sufrió persecuciones religiosas, confiscación de bienes eclesiásticos y expulsión de obispos, que supuso años de diócesis sin gobierno. A comienzos del siglo XX había muy pocos sacerdotes en ese país. Don Antonio transcribe el relato de José María Báscones luego de una visita a Palencia²⁵: «[...] había un gran gentío aguardándome en la plaza [...] estuve confesando durante el resto de la tarde. Luego, tras una cena ligera seguí confesando. Y a media noche seguía viniendo gente y gente: desde [...] treinta, cuarenta y cuarenta y cinco kilómetros—, a pie, descalzos o a lomo de bestias [...] Seguí confesando y confesando, sin parar, hasta las claras del día [...] y al día siguiente, más confesiones y más bautismos»²⁶.

Por su parte, en Méjico, en cuanto el sacerdote llegaba a uno de esos lugares de mayor tranquilidad en zonas rurales que se buscaban para descansar y dedicarse con más intensidad a la formación de las primeras vocaciones, se corría la voz por los poblados. «Comenzaron a venir a la hacienda —recuerda don Pedro Casciaro— hombres, mujeres y niños en gran número, para que les predicara, les administrara los sacramentos y les dijera Misa. Me conmoví al ver tantas gentes sedientas de Dios [...] dedicaba varias horas al día a confesar a los campesinos que venían a la caída de la tarde, tras varias horas de camino para *asistir a la misión*. Tuve que fijar el rezo del Rosario a las cinco, porque —me explicaron— *así lo manda la tradición*: una tradición que, por falta de clero, se había interrumpido durante muchos años»²⁷.

Estos casos y tantos otros de diversos países muestran la hondura de la evangelización realizada por España.

Mención especial merece la labor desarrollada en Perú por don Ignacio María Orbegozo al hacerse cargo en 1957 de la Prelatura de Yauyos en Perú, encargada a sacerdotes del Opus Dei. Se trataba de una zona de 10.000 kilómetros cuadrados con pueblos prácticamente incomunicados, que habían carecido de visitas de sacerdotes durante largos años. En 1962 se le agregó la provincia de Cañete de modo que la Prelatura cubre 15.000 kilómetros cuadrados, pero esa historia sobrepasa los límites de esta ponencia²⁸.

²⁵ Se trata, evidentemente, de Palencia de Guatemala. Cabe recordar que la toponimia de Hispanoamérica coincide con numerosos sitios de España.

²⁶ A. RODRÍGUEZ PEDRAZUELA, *Un mar...*, cit., p. 106. El capítulo 2, titulado “Primeros pasos” evoca ese primer encuentro con la religiosidad de los indios.

²⁷ P. CASCIARO, *Soñad...*, cit., p. 209, en cursiva en el texto.

²⁸ Al respecto, puede verse de S. VALERO, *Yauyos. Una aventura en Los Andes*, Madrid 1990.

b) Los países de inmigración: Argentina

La labor apostólica comenzó en Rosario en 1950 y poco después en Buenos Aires. Es la época del gobierno de Perón, quien había apoyado en un principio a la Iglesia para luego, en 1954 volverse contra ella. En junio de 1955 templos de Buenos Aires fueron saqueados e incendiados. Preguntado por la influencia de esta situación en la expansión del Opus Dei, José Luis Gómez López-Egea, uno de los primeros numerarios españoles que llegó a Argentina nos decía: «En mi opinión el sostenimiento de Perón a la Iglesia Católica favoreció en el aspecto de la enseñanza religiosa en las escuelas y la imagen favorable de la misma Iglesia en el ambiente obrero. Coincidentemente con ello, la Acción Católica realizaba un trabajo muy bueno en todos los ambientes, incluidos los trabajadores. Ello favoreció indudablemente el accionar del Opus Dei en sus primeros pasos en Argentina, y más concretamente en Rosario. La gente no tenía prejuicios sobre el Opus Dei, y acogía con simpatía a los pocos que veníamos de España. Todo lo europeo parecía bien, y especialmente lo procedente de España e Italia. A partir de 1954 se produjo una persecución religiosa que dificultó temporalmente el trabajo apostólico en el sentido de estar ocupada la gente con la política, pero no hacía al fondo de la cuestión. La violencia anticlerical fue una cuestión oficial y superficial».

En la Argentina de esa época se había producido la irrupción de la mujer en la vida política, no solo por el caso de Eva Perón sino porque la ley electoral de 1947 otorga a la mujeres el derecho al voto. Asimismo, ya en los años 1930-40 las mujeres se habían incorporado a la vida universitaria. Esto nos indujo a preguntar a José Luis Gómez López-Egea si eso incidió de algún modo en la expansión del Opus Dei. Y esta fue su respuesta: «Pienso que no tuvo nada que ver esa cuestión política con la expansión apostólica. Sí tuvo que ver, y mucho, que la mujer argentina estaba mejor preparada culturalmente que el hombre para entender el Opus Dei».

También en Venezuela, donde la educación superior pública era gratuita, desde los años 50 era cada vez más frecuente la presencia femenina en la universidad, de modo tal que la labor se abrió a mujeres de muy diversa procedencia. La primera vocación de numeraria fue la de Julia Martínez, de 1955; el año anterior había pedido la admisión como supernumeraria Josefina de Del Río, ambas ya fallecidas.

Una de las características de sociedades de países de inmigración, como la Argentina y Uruguay, es el debilitamiento de las barreras entre clases sociales. Las que existían en la Argentina fueron, además, rápidamente franqueadas por el fenómeno del peronismo²⁹.

²⁹ No hacemos ningún juicio de valor ni político ni histórico sobre Perón y su accionar, solamente nos limitamos a constatar, medio siglo después, algunos de sus efectos.

Por supuesto que estas afirmaciones no implican de ningún modo juicios peyorativos sobre otros países³⁰. Se trata simplemente de realidades diversas, fruto de complejos procesos históricos que nos permiten comprobar la entraña universal del Opus Dei. Uruguay presenta una situación social similar a la de Argentina, pero allí, desde mucho tiempo atrás, se impuso un laicismo oficial, que sin perseguir a la Iglesia, como en Méjico, la marginó de la vida pública.

Una muestra de la peculiar situación argentina nos la proporcionó don Gabriel Dondo quien nos refería que los cinco primeros numerarios de Buenos Aires procedían de cinco barrios muy dispares desde el punto de vista social³¹.

De las primeras vocaciones, Gómez López-Egea evoca el caso de Ernesto Don, de Rosario, hijo de un inmigrante italiano, nacido y crecido en una colonia de agricultores. Inicia estudios de medicina en Rosario y para costearse los gastos trabaja en la policía y con el transcurso de los años llegará a ser un prestigioso psiquiatra que atendía en una elegante zona de Buenos Aires. Falleció en 1984.

Don Ignacio Echevarría recuerda a Ignacio Rodríguez, fallecido en 1966, que era peón ferroviario, encargado de limpiar los vagones y que, por razones de salud pasó a guardabarrera y allí, en una de esas casillas alguna vez se reunieron a festejar el 2 de octubre —aniversario de la fundación de la Obra. Figura que contrasta con Adolfo Isoardi, la primera vocación, un intelectual refinado, que ya ordenado sacerdote falleció en 1975, en un accidente de ferrocarril, cuando regresaba a Rosario luego de haber participado en Roma en la elección de don Álvaro del Portillo, primer sucesor del Beato Josemaría. Don Ignacio subraya: «Hoy descansan ambos en la misma tumba del mismo cementerio rosarino». Señala que la universalidad de la Obra, desde el punto de vista geográfico, cuando él residía en España la había aceptado con naturalidad. «Pero lo que sí me maravilló fue su universalidad, digamos social».

La primera vocación femenina al Opus Dei, como ya se ha dicho, fue la de Julia Capón, de sobrenombre Kitty. Se trataba de una estudiante universitaria rosarina, hija de inmigrantes españoles, de clase media. Kitty pidió la admisión el 13 agosto de 1952 cuando aun no habían llegado al país las mujeres. Por lo general, el Padre enviaba a sus hijas a iniciar la labor en grupo de dos o tres. Cuando

³⁰ El tema de una rápida movilidad social no es en sí mismo un cuestión positiva, tiene sus ventajas y sus desventajas según sea la evolución de dicha sociedad, porque cuando esa movilidad se detiene puede originar serios trastornos. Por otra parte, una fuerte inmigración no debidamente integrada, puede producir fisuras en esa conciencia colectiva a la que nos referimos en la nota n.1 y que es fundamental para la identidad de una sociedad.

³¹ Procedían de Barrio Norte, Belgrano, Almagro, Boedo y Liniers. Entrevista del 24 de agosto de 2001.

las tres numerarias españolas solicitaron el visado para dirigirse a Argentina el permiso le fue otorgado a una sola, a Sabina Alandes. La ley de inmigración vigente exigía además de salir del país de origen, un contrato de trabajo y residir a 300 kilómetros de Buenos Aires. Ante la insistencia al Ministerio de Relaciones Exteriores de Argentina, se recibe una segunda negativa. Así es como a fines de 1952 cruza el Atlántico solamente Sabina, quien se alojará durante un tiempo en la casa de Kitty. En mayo de 1953 recibirán la autorización para ingresar en el país Rosa María Ampuero y Sofía García. Entre tanto, el 8 de diciembre de 1952 rezan ante la Virgen de Luján tres personas de la Obra. Cuando el Fundador estuvo en Argentina, en junio de 1974, el día 12, la Basílica de Luján estará abarrotada de gente de la Obra y de personas conectadas con las labores.

Kitty falleció el 19 de agosto de 2000, mientras el actual Prelado del Opus Dei estaba en Buenos Aires.

c) Un mensaje universal

Como ya lo hemos señalado, la realidad social, cultural y política de los países es diversa. Así, al llegar a Guatemala los dos sacerdotes que comienzan allí la labor contarán con la eficaz ayuda de una mestiza. Don Antonio Rodríguez Pedrazuela observa que: «Son los sorprendentes caminos de Dios: los primeros pasos de la labor apostólica en Centroamérica se dieron gracias a una modesta vendedora del Mercado Central: *La Nati*»³².

Es realmente conmovedor el relato de la primera vocación que se transcribe en el capítulo titulado “Marta”. Lo es por su sencillez y porque evidencia la profunda sabiduría cristiana del medio indígena. A nosotros nos sirve particularmente para uno de los objetivos de este trabajo: mostrar la universalidad del mensaje de Beato Josemaría.

Marta es una india maya de la etnia cakchiquel proveniente de un pueblo donde el sacerdote iba una vez al año por las fiestas patronales y que evoca su encuentro con el Opus Dei: «[...] vi que aquella señorita española no hacía diferencias, ni nos trataba de otro modo por ser indígenas. Yo estaba acostumbrada a las diferencias en mi pueblo [...] Sin embargo, Manolita (Ortiz), igual que Auro Peiró [...] y Victoria López Amo [...] nos trataban por igual». Además «vi cómo ella, que era una señorita española, distinguida, bien educada y con carrera, no tenía reparo en hacer lo que fuera [...] Manolita hacía el trapeado del suelo sin que se le cayeran los anillos como suele decirse»³³.

³² A. RODRÍGUEZ PEDRAZUELA, *Un mar...*, cit., p. 90

³³ *Ibidem*, pp. 144-146.

Cuando el Fundador visite Guatemala en febrero de 1975 y cene con el Cardenal Casariego, será Marta quien sirva la mesa y en un momento que ella se ausenta preguntará el Beato Josemaría al Cardenal: «¿Sabe usted cuál es el fundamento de la labor del Opus Dei en estas tierras?» Y ante la mirada sorprendida del Cardenal le dirá: «Esa hija mía»³⁴.

En Colombia, las primeras vocaciones de numerarias son Rosi Escobar, Mercedes Sinisterra Pombo y Lilliam Aristizábal Correa, que provenían de distintos sitios, pero las tres pertenecían a importantes familias.

Si observamos el tema desde un punto de vista sociológico, nos encontramos que en tres países de América latina las primeras vocaciones provienen de estratos sociales muy diversos: una campesina india, una universitaria de clase media y una de clase alta. Por supuesto que esto no significa de ninguna manera que la labor apostólica se centre en cada país en un solo nivel socio-cultural, muy al contrario, pronto se incorporarán personas de todos los ámbitos.

Por eso, en 1967, el Beato Josemaría podía responder al periodista Peter Forbath que la Obra había nacido para «hombres y mujeres de todos los países, de cualquier condición raza o lengua o ambiente...»³⁵. Se había cumplido lo que había visto el 21 de enero de 1933 al dar la bendición con el Santísimo a tres estudiantes, después de una charla de formación religiosa: «bendije a aquellos tres..., y yo veía trescientos, trescientos mil, treinta millones [...] blancos, negros, amarillos, de todos los colores, de todas las combinaciones que el amor humano puede hacer»³⁶.

4. LAS DÉCADAS POSTERIORES

La situación política de América latina en los años 60, 70 y 80 conocerá duros enfrentamientos ideológicos y armados, que, lógicamente tendrán diversas formas, según los países. Será la época de las guerrillas, de confusiones doctrinales en torno a la teología de la liberación que producirán dolorosas divisiones³⁷, época de luchas armadas, época de dictaduras³⁸, de difíciles transiciones demo-

³⁴ *Ibidem*, p. 206

³⁵ *Conversaciones con Monseñor Escrivá de Balaguer*, 32.

³⁶ A. VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador del Opus Dei*, Rialp, 1997, p. 482.

³⁷ Un testimonio, novelado, de esa situación puede leerse en J. DE MIGUEZ, *Ante las puertas*, Mendoza 2000.

³⁸ Esta afirmación es de carácter general, por consiguiente, hay casos diversos. Por ejemplo, Venezuela en estas décadas no tuvo ninguna dictadura.

cráticas, todo ello con diferentes tipos de conflictos y sus secuelas. Sin embargo, la expansión de la Obra no se detiene, se abren nuevos centros en otras ciudades³⁹ y se inicia la labor en Bolivia (1978), Honduras (1980), Nicaragua (1992) y Panamá (1996). Desde Venezuela se comenzó a viajar a Trinidad y Tobago. La Obra continuó su camino «firme, compacta, segura».

Esto se evidenció cuando los viajes de catequesis de los años 1974-75 del Beato Josemaría y en la continua expansión hasta la actualidad. Hay que remarcar que junto a la llamada universal a la santidad a través de la santificación del trabajo, el mensaje del Fundador conlleva el respeto a la libertad de las personas⁴⁰, a un legítimo pluralismo y esto se ha ido haciendo realidad en países donde la intolerancia política ha sido y a veces aun es, muy fuerte. Como lo afirmó repetidas veces, la Obra «No está anclada en una cultura determinada, ni en una época concreta de la historia»⁴¹.

Por todo ello, resulta históricamente relevante que más allá de las hondas diferencias culturales, psicológicas y sociales, en América latina se haya abierto un surco para el mensaje de que «No hay, pues, más que una raza: la de los hijos de Dios. No hay más que un color: el color de los hijos de Dios»⁴². El Opus Dei traía a América una revolución: que se habían abierto los caminos divinos de la tierra, que todos los trabajos tienen el mismo valor, que se cualifican por el amor a Dios que se pone en ellos. América latina, que había abiertos los brazos a las corrientes migratorias, se vio ante un nuevo descubrimiento: el de la grandeza de la vida corriente y respondió generosamente.

Para concluir, esta ponencia quiere ser, a su modo, un testimonio de gratitud, por supuesto a Dios y al Beato Josemaría, “instrumento fidelísimo”, pero también a aquellos hombres y mujeres que cruzaron el Atlántico, y a todos los que con su fidelidad, trabajan en ese “mar sin orillas” que es la expansión del Opus Dei.

³⁹ En Argentina se abren Centros en Córdoba, La Plata, Mendoza, Tucumán, Salta.

⁴⁰ Es notable la insitencia del Fundador del Opus Dei sobre este tema. Por ejemplo, entre otros escritos la homilía “La libertad, don de Dios”, en *Amigos de Dios*, 23-38; también en *Es Cristo que pasa*, 184.

⁴¹ *Conversaciones...*, cit, 42.

⁴² *Es Cristo que pasa*, 106. En las fotos de las visitas del Fundador a América Latina puede observarse en las tertulias un verdadero mosaico de razas: indígenas, blancos, mestizos, mulatos, gentes de Oriente (chinos, japoneses, coreanos).